

JOSEPH ANDREWS

Potosí y Arica en 1825 y 1826

[De Capitán Andrews. *Viaje de Buenos Aires a Potosí y Arica en 1825 y 1826*. Con una introducción (y traducción) de Carlos Aldao. Buenos Aires, La Cultura Argentina, 1920. 260 p. Título de la obra original: *Journey from Buenos Aires to Potosí and Arica*, London, 1827.]

DIVISIONES DE LA PROVINCIA DE POTOSI. — POBLACION DE LA MISMA. — TRAJE. — DESCRIPCION DE LA CIUDAD. — MONTAÑAS Y MINAS DE POTOSI. — ORIGEN DE LA GRAN MINA. — ANTIGUA PRODUCCION. — VALOR DE LOS MINERALES. — SUELO DE LAS MONTAÑAS. — ASCENSION. — EL GRAN SOCAVON. — PICARDIA DE LOS INGENIEROS. — CRATER VOLCANICO. — CARTA DE INGLATERRA. — PREPARATIVOS PARA SALIR AL PACIFICO (*)

Las subdivisiones menores de la nueva república de Bolívar, no se habían arreglado cuando salí de Potosí. Las subdivisiones señaladas por el Congreso Constituyente de Lima, en 1821, comprendían Potosí, Chuquisaca, La Paz, Santa Cruz, Cochabamba y Oruro. Hasta que el esperado arreglo tenga lugar, las divisiones, por tanto, deben considerarse así. En esta distribución Potosí abarca las cinco provincias de Porco, Chayanta, Chichas, Lipez y Atacama, todos distritos mineros de primera nota en el Alto Perú.

Un intendente o prefecto es investido con autoridad civil y militar en el departamento entero. Cada provincia tiene un gobernador; todo el territorio se admite tener mil quinientas leguas cuadradas, con 300.000 habitantes, cuatro quintas partes aborígenes. Estos habitantes indios son aficionados a emborracharse en sus fiestas con la cantidad de chicha que beben; y si pelean entre ellos cuando están en este estado, es generalmente por la prioridad de sus santos favoritos. Las mujeres se parecen en forma y tamaño a nuestros redrojos galenses; usan un sombrero similar al que quizás debe principalmente atribuírse la semejanza, pero las cambrio británicas no pueden competir con estas damas en la majestad del vestido. Las muchachas flamencas solamente igualan a las potosinas en la amplitud de los vestidos. No tengo duda que el número de yardas contenido en los acolchados y vuelos de una enagua potosina supliría polleras a una joven galense durante la mitad de su vida: mientras las colchas aplicadas a las ca-

(*) Corresponde al cap. XIII de la obra original.

deras por una potosina suministrarían almohadas para el lecho matrimonial de Jenny y Taffy. Es curioso ver la pertinacia de la costumbre. Estos seres de aspecto gótico continúan usando el traje de las españolas, sin recordar la diferencia entre una vida lujosa e indolente y la labor de la esclavitud absoluta a que, en tal clima, un vestido más ligero se adaptaría mejor. Es asombroso cómo sudan así acolchadas bajo el sol tropical. A menudo he comparado un mandarín chino con cuatro o cinco sayos, o, si se desea parecer más importante, aún más, con una de estas bronceadas figuras indias. Harían excelente pareja un mandarín y una dama potosina. Creo oír exclamar al chino (pues en China tal abultamiento de caderas no se tendría por gracioso), torciéndose los bigotes:— “¡Eh! ¡Ya! tiene así moda; tiene muy mucho. ¡Eh! ¡Ya! no tiene costumbre, no puede”.

La ciudad de Potosí es asiento del gobierno y está entre los 29° y 30° L. S. en meridiano del 313° O., observación española. Potosí está en el declive de un cerro, que ofrece completa perspectiva de la magnífica montaña a que debe su existencia. La plaza es lindo y espacioso cuadrado, conteniendo muchos y muy hermosos edificios públicos, y está sobre una proyección inclinada de tierra plana, desde donde, como centro, las calles principales caen en rectángulo a las quebradas por tres lados. El cuarto lado está en la rampa septentrional que domina la ciudad, frente al cerro mineral, con elevación de 1,700 pies sobre la plaza. En el espacio intermedio, se han erigido en parches irregulares los perniciosos suburbios donde se efectuaba la amalgamación de minerales; éstos son interceptados por un río, alimentado por derrames de treinta y cinco lagos artificiales formados en los cerros al sudeste de la ciudad, cerros que señalarán a la posteridad los trabajos llevados a cabo por un sistema horrible de opresión, al que no se puede volver a recurrir, y lagos contruídos a costa del sudor y vida de millones de desgraciados esclavos indígenas, en edades sucesivas, millones que desde el polvo claman venganza contra los más implacables amos, tiranos del suelo.

La montaña potosina vista desde los altos de la ciudad, con el cerro al frente, llamado Nuevo Potosí, incluído en la mirada dentro de la circunferencia del gran cono hacia afuera, es de forma semejante a una carpa armada, y si la mente del observador puede separar la suma del mal moral que ha infligido al mundo, de la vista pelada, ningún objeto estéril en la naturaleza será más realmente magnífico. Prescindiendo de su conformación, los numerosos tintes metalíferos con que el cono está manchado y coloreado,

verde, naranjado, amarillo, gris y rosado, conforme a los tonos de los minerales que se han desparramado desde las bocaminas, son de efecto singular y bello.

El número de minas se admite por algunos españoles ser cinco mil. Esto es exagerado a primera vista, pero debe entenderse por el lector que se refiere a porciones de minas llamadas *estacas* o pertenencias individuales, que consisten en tantas varas cuadradas que cada propietario tiene, en virtud de lo que llaman *denuncia* como se escribe en el antiguo código español, o *leyes de minas*. Cualquiera que haya sido la cantidad de estas estacas antes trabajadas, no había más de cien en actividad cuando estuve en Potosí, y probablemente ni la mitad de ese número hasta que el general Miller vino de gobernador, cuando los negocios empezaron a mostrar aspecto más brillante y el país a recobrase un tanto de su miseria. Este era el caso, según se veía en todos los diferentes ramos de ocupación. Antes de la revolución el río aludido movía la maquinaria bárbaramente construída de noventa (1) ingenios o molinos de minerales. Según los datos más recientes doce, sin embargo, han vuelto a funcionar; muchos propietarios emigrados consiguieron permiso para regresar y reclamar sus pertenencias. Estas personas, sin embargo, no tienen ni un chelín para volver a empezar los trabajos, por haber desaparecido todo su dinero. Aquí era que el capital británico se habría empleado tan bien y provechosamente, y donde el fracaso de las esperanzas creadas por Inglaterra se sentirá amargamente. A menos que se levante capital para continuar, de que en América hay poca o ninguna probabilidad, en un siglo más, estas minas maravillosas y su poderosa montaña de riqueza servirán.

To point a moral or adorn a tale. (2).

Así de 130,000 habitantes al comienzo de la revolución, Potosí ha mermado a 9,000 censados cuando se nombró gobernador al general Miller en 1826. Durante su breve administración de sólo cinco meses volvió a aumentar a 11,000, como antes se ha dicho.

El pico del cerro de Potosí se calcula llegar a catorce mil pies sobre el nivel del mar. Su circunferencia en la base sobre el alti-

(1) El año 1577 había trabajando ciento treinta y dos.

(2) Para señalar una moraleja o adornar un cuento.

plano en que está, se computa variadamente (1). Ni su elevación ni su circunferencia, ni su geología parecen haber interesado a los españoles. Erales suficiente haber encontrado un cerro de plata en el corazón del desierto. Desde los picos de las montañas la ciudad de Potosí, de forma oblonga, está orientada al norte clavado, calculando por la Catedral, y corren las calles de norte a sur y de este a oeste en ángulos rectos.

En el socavón de las minas que está alto, mide 3,500 yardas de diámetro, o casi seis millas de circunferencia, lo que dará nueve para la base.

El siguiente se dice ser el origen de las maravillosas minas de Potosí. Un indio llamado Diego Gualca, de nación Chumbivilca, fronteriza del Cuzco, mientras corría detrás de algunas ovejas, en el borde de un declive, para librarse de caer, se agarró a un arbusto llamado Ycho, que cedió y descubrió plata pura junto a la raíz. Comunicó el secreto a dos españoles que trabajaban las minas de Pasco, quienes se dirigieron a Potosí, y fueron los primeros en beneficiar este mineral renombrado. En tiempo de Acosta las minas producían 300,000 ducados diarios; solamente una parte de los trabajos posteriores daban este provecho. Se decía haberse sacado nueve millones de duros anuales en un período de su historia. Los dos españoles se hicieron primero dueños de la mina en vez del pobre indio; mina que ahora, lo mismo que las afamadas llamadas *La veta rica*, o *Más Poderoso*, las vetas del *Estañó* y *Los Ciegos*, están bajo de agua aunque no profunda. Ha sido aquí costumbre parar enteramente los trabajos de minas, cuando se llega a lo que llaman mineral negrilla, por hallar más difícil extraer la plata o porque el agua generalmente aparece al alcanzarlo.

Las clases de minerales contenidos en estas minas son dos, el negrilla, carbonato de plata negro, o sulfato blanco de plata con mineral cobrizo, frecuentemente mezclado. La segunda especie se llama "paco", pero la primera es más rica, produciendo veinte a cuarenta marcos por cajón. Los minerales de paco están cerca de la superficie y aunque más pobres son más abundantes. Su composición, según buena autoridad, Helmes, es, por el resultado de más de trescientas muestras, término medio, seis a ocho marcos de plata por cajón de 50 quintales. En estos minerales más toscos se encuentra con frecuencia plata sólida, especialmente con mineral moreno grisáceo, y entonces cada cajón da veinte marcos.

(1) Helmes dice que la circunferencia de Potosí es de diez y ocho millas; esto debe ser equivocado: ocho o nueve es más aproximado a la verdad.

El suelo de la montaña es de pizarra arcillosa, firme, amarillenta. Está lleno de cuarzo ferruginoso en que se encuentra interceptado un mineral de plata y otro algo vítreo. Aunque esta montaña ha sido trabajada tanto tiempo, está meramente picada en la superficie. Las minas han ido hasta poco más de setenta yardas en profundidad y horizontalmente unas ochocientas. Que el trabajo de los minerales menos considerables y más pobres respondiese a los propietarios, se explica bien, por muchas ventajas peculiares del lugar; tales como la vecindad de los ingenios a las minas, estando al pie de la montaña; provisión de agua que nunca falta para mover los ingenios y suplir terrenos de amalgamación; pronta expedición y flete barato de los minerales en pollinos o llamas (1). Los mineros y trabajadores son numerosos y razonables los salarios. Por estas ventajas pocos propietarios pueden aún sacar buen beneficio de los minerales con término medio solamente de tres marcos por cajón.

La ganancia corriente por semana de un ingenio y también los gastos de molienda para amalgamación de veinte cajones de mineral, cada cajón de 50 quintales, son:

Transporte a los trabajos, veinticinco duros.

Amalgamación, mercurio, etc., veinticinco duros, o, en números redondos, 1,000 duros por cada veinte cajones. A nueve marcos cada uno, esto es 180 marcos, a siete duros cuatro reales el marco, y da 1350 marcos; de que, deduciendo 1,000 duros para gastos, el mineral común produce 350 duros semanales, en cada veinte cajones. Esto es, poniendo los gastos muy altos y la producción muy baja, o cuatro reales menos de lo que el marco de plata vale para exportar.

Las utilidades de un ingenio, en consecuencia serían £ 3,640. anuales, tomando el duro a la par, o sea cuatro chelines. Ahora presumiendo que una compañía con capital de £ 100,000 solamente pudiera conseguir y mantener activos cinco de los noventa ingenios que antes trabajaban, la utilidad más baja sería de £ 18,000 por año. Sin duda es cierto, que las personas empleadas en regiones tan lejanas, y privadas de todo lo que en Inglaterra se consideraría comodidades indispensables, tienen derecho a esperar una hermosa remuneración. Pero, que los gastos de tales personas consuman un tercio de la utilidad, y aún quedan £ 12,000. Este cálculo, sin embargo, como puede verse, no da ningún dato de lo que serían las

(1) Este bello carnero del país llevará dos arrobas, y los asnos cuatro arrobas de veinticinco libras. Su mantención es nada, literalmente.

utilidades si se adoptasen molinos y maquinaria perfeccionados, junto con amalgamación científica y método europeo de extraer los minerales. El mercurio también se adquiriría de primera mano, y de cincuenta a sesenta duros, en vez de costar como antes en Potosí, donde acostumbraban pagar por él, de ciento veinte a ciento treinta duros el quintal.

“Por esta amalgamación”, dice Helmes, “apenas podían ganar dos tercios de la plata contenida en el paco, y por cada marco de plata pura ganado destruía uno y con frecuencia dos marcos de mercurio. En efecto, todas las operaciones en las minas de Potosí, molienda, acarreo, lavado, avivar y quemar el mineral se ejecutan de manera tan descuidada, que comparar el método excelente de amalgamación, por el Barón Born, practicado en Europa, con el procedimiento bárbaro usado por estos indios y españoles, sería un insulto al entendimiento de mis lectores (1). De la asombrosa pérdida en refinar cobre por aleación, más adelante agrega: “En la acuñación de Potosí (en aquel tiempo entre 550 y 600,00 marcos de plata y 2000 marcos de oro se producían anualmente) cada quintal de cobre refinado, usado en la aleación de monedas de oro y plata, costaba al rey treinta y cinco libras esterlinas, gracias a la burda ignorancia de los directores de trabajos, que empleaban un mes entero en quemarlo y calcinarlo, haciéndolo con frecuencia inútil para el propósito”.

Es notorio en toda Sud América que, hablando en general, las minas han sido abandonadas, al momento que los manantiales del terreno se convertían en obstáculo para seguir trabajándolas. Los mineros más viejos y prácticos afirman uniformemente la misma cosa, y además, esto sucedía cuando la mina había estado en lo mejor del trabajo. “Las herramientas de los mineros indios son toscas y pobremente ideadas. El martillo es enormemente pesado y la barreta de pie y medio de largo, es difícil de usar en los sitios angostos de la mina. El humo de las velas de cebo ordinario tiende también a viciar el aire”. En comparación los minerales más ricos rinden menos metal, por falta de conocimientos metalúrgicos para distinguir su clase, y de habilidad para reducir las sustancias compuestas con el mineral más precioso está entremezclado; pues cuanto más sutil es el mineral, generalmente es más rico.

En Potosí hay abundancia de terreno virgen intacto, quizás unos tres cuartos. Un millón de esterlinas se podría embarcar, aun-

(1) Helmes: *Travels to Potosí and Lima*.

que un tercio respondería a todo el fin requerido. Había proyectado, cuando examiné la montaña (suponiendo que el espíritu dominante en Inglaterra cuando la dejé, se mantuviese firme y cauteloso), demoler el pico del cerro. Las quebradas que lo rodean son profundas y parecen adaptadas por su capacidad para recibir los escombros. El cráter de la cima está abierto listo para recibir dos o tres mil barriles de pólvora, que harían volar el pico y posiblemente abrirían el cerro hasta las galerías de las minas superiores. Los pocos propietarios que han quedado, venderían sus derechos por una mera pitanza o participación en las utilidades de la empresa. He pensado a menudo la vista que se observaría presenciando desde los altos de la ciudad tal explosión.

Un día, después del desayuno, en compañía de un amigo del señor Ibarquin, montados en mulas, cruzando la quebrada extendida entre nosotros, y la montaña, trepamos hasta alcanzar el gran socavón, excavado, según algunos, con gasto de 1,500.000 duros, después de nueve años de trabajo. Esta obra estaba literalmente abandonada. Su fin era el desagotar toda el agua de las minas en su dirección, pero lo cavaron demasiado alto para tal propósito. El arco en la abertura es espacioso y bien comenzado, pero se contrae a medida que avanza y por fin es muy molesto. Debe haber costado un desperdicio considerable de vidas humanas la excavación, si siempre fue tan difícil respirar como lo experimenté a causa de exhalaciones arsenicales y malsanas. A un lado está una salida para el agua que ahora corre en caudal considerable, sulfurosa e intensamente coloreada. Penetrando doscientas o trescientas yardas en este socavón me fue bastante, si bien algunos de nuestro grupo fueron hasta el fin, que estimaron en 1,500 yardas. Este socavón interceptaba varios filones nuevos que, no siendo propiedad privada, nunca habían sido trabajados. Es probable que el mineral no compensase el gasto de sacarlo por la boca del pozo. Se ha dado una razón para la dirección equivocada del socavón, que forzosamente pinta los fraudes practicados por agentes de su muy católica Majestad para enriquecerse; se hizo con el propósito de evitar que remediase a las minas inundadas, que así se convertirían en infantazgos reales, y el trabajo de ellas habría aumentado la mayoría de los mineros que las trabajaban y levantado los precios en proporción que los minerales inferiores no reembolsarían. Una suma de dinero para los ingenieros fácilmente puso la cuestión en el camino deseado.

En nuestra excursión entramos en una bocamina cuyo mineral era negrilla; allí estaban pocos indios pobres afanosamente ocu-

pados. Cuando hubimos alcanzado dos tercios de la montaña, nos vimos obligados a trepar el resto, y dejar abajo las mulas. No había senda y escasamente huella, de modo que, cediendo las piedras, y con la puna por la rarefacción del aire, era operación difícil, si no peligrosa. La puna me hacía parar a cada momento, hasta que, llegado al tope, que desde abajo parecía agudo pico, hallamos bastante espacio para que vivaquease un regimiento de soldados.

Los restos de un cráter que se habían alineado más o menos en el centro de la montaña, atraieron nuestra atención, y por varias muestras de mineral calcinado que hallamos, la montaña misma es a las claras volcán apagado, otrora de considerable magnitud. Algunos del grupo se ocuparon en empujar al abismo grandes bloques de piedras que sobresalían en el borde del cráter divirtiéndose así con el sonido retumbante producido. El pasatiempo casi costó la vida de uno de mis compañeros. Este caballero, Mr. Adams, antiguo conocido de Chile, en breve publicará, espero, la narración del viaje más interesante desde Mendoza por el pie de la Cordillera, toda la distancia hasta Potosí, habiendo hecho todo el camino por la posta, con pocas camisas y silla de montar por lecho. En el caso presente insistía en empujar un bloque que era evidente lo arrastraría consigo, aunque se le previno del peligro. Nada más que su sangre fría le salvó. Yo tenía el corazón en la boca de miedo por él. Echó los brazos atrás al caer con lo que muy felizmente dio equilibrio de una onza o dos en favor de aquella porción del cuerpo en *terra firma*, estando la otra suspendida sobre el abismo, horrible de pensar —si se hubiese agitado, hubiese caído— como que se salvó lo más providencialmente.

El 5 de noviembre pasé la tarde con el general Miller que en breve saldría para Inglaterra. Hubiera sido lo más feliz viajando con él. Mr. Adams también partió y le acompañé hasta fuera de la ciudad, viéndole partir con el sentimiento de un escolar sin vacación que ve a sus camaradas que le abandonan. Mi ánimo estaba lejos de ser bueno; parecía presentimiento de la noticia que recibí el día siguiente en carta anunciadora de que todos mis trabajos habían sido infructuosos. Mr. Scott llegó el 6 para examinar la propiedad minera del doctor Rúa, su ingenio, etc., que teníamos en trato. Le anuncié las noticias; es innecesario insistir sobre su sorpresa.

El día siguiente me despedí del general Miller que delegó el gobierno en el general Urdininea, a quien me recomendó encarecidamente, sospechando poco que todas mis más ardientes esperanzas habían fracasado, y conseguí la firma oficial de los docu-

mentos necesarios para salir al Pacífico; en cuanto a la mejor ruta, consulté al señor Ibarquin, excusando mi súbita partida lo mejor que pude. El 13 tuve un terrible ataque de soroche, pero pude arreglar algunos negocios preliminares. Confieso que nunca como ahora encontré desagradados más serios, al hallar mi trabajoso viaje y esfuerzos sin fruto. Me parecía inexplicable.

Luego conseguí permiso, por intermedio del bondadoso Ibarquin, para acompañar a un comerciante, como compañero de viaje, quien iba a la costa. Se procuraron peones y mulas, y resolvimos tomar el camino del desierto de Caranja, por ser el más corto. Los señores Menoyo y Scott consintieron en compartir conmigo la fatiga, y, a pesar del ataque de puna, mi ánimo revivió con la esperanza de ver pronto el Pacífico.

Jamás olvidaré mi despedida de la señora viuda de Olañeta. Esta dama era mujer de treinta años, más o menos, con facciones que se dirían bellas mas bien que hermosas, esbelta de formas y de modales graciosamente cautivadores, detalle muy común en las damas salteñas. Realzaba estas cualidades una expresión de tristeza en el rostro que armonizaba con el luto de su vestido y la situación del momento. La soledad había aumentado su abatimiento, pero aun así, su natural dulzura y bondad de corazón dejábanse ver en todo. La comparé con una linda flor trasplantada de la luz a la sombra; palidecían sus colores y sin embargo conservaba su perfume y belleza en tanto que su situación fuera de lugar tornábala sumamente interesante. El héroe de Ayacucho, general Sucre, habíala prestado solícita protección contra la anarquía que sobrevino a raíz de la caída de su esposo, muerto en una sublevación de tropas en Tumasla, cerca de Tupiza. Dotada de gran valor, no llegaba éste a eclipsar lo femenino de sus gracias y prendas que la hacen tan distinguida. Su exquisita educación y la afabilidad de sus cautivadoras maneras, envueltas en suave tristeza, cautivan al momento el espíritu del que por primera vez la trata, dejando profunda huella.

La adhesión de Olañeta a la causa de Fernando, adhesión que sólo terminara con su vida, es, entre sus enemigos, tema de encomiástico comentario, honroso para su memoria. Lástima que su nombre, como el de Morillo y muchos otros capitanes españoles, se haya mancillado con actos de regresión y crueldad que llenaron de oprobio la causa real.

El excelso espíritu de la señora Olañeta consoló a su esposo hasta los últimos momentos de su vida. Compañera en sus triunfos, fue también ángel guardián en la adversidad. Hay quien tiene

esperanzas de que Fernando el Amado no olvide sus sacrificios y el de sus hijos, que han consumido todo su patrimonio por su causa. Mas ¡cuán quimérica es la protección por ese lado!

Nació don Pedro Antonio de Olañeta, en Elgueta, provincia de Vizcaya, en 29 de junio de 1777, partiendo para América a los doce años de edad, y se alistó en el ejército como comandante de rifles bajo las órdenes de Goyeneche. Propietario principal de las ricas minas de Charomo, puso todos sus recursos e intereses a disposición de la causa realista. Distinguióse en la acción de Ayohuma, bajo las órdenes del virrey Pezuela, general en jefe de aquel entonces. Fue ascendido a coronel y más tarde a brigadier general, en recompensa de su conducta en Viluma cerca de Cochabamba, donde dio en tierra con el último esfuerzo de los porteños que trataban de dominar el Alto Perú. Después de la batalla de Ayacucho, su actuación desenvolvióse en constante incertidumbre hasta su muerte. En cierta ocasión entró en correspondencia con el general Sucre y aunque le propusiera, el distinguido oficial patriota, salvarle generosamente la vida y hacienda, ni aceptó comprometer su honor con tal solicitud, ni así dañar la causa del rey, perdida irremisiblemente por otra parte. Independientemente del ejército de Sucre, avanzaba sobre él desde Salta y otros puntos de las Provincias Unidas una fuerza considerable; sólo puede, pues, encontrarse explicación de su conducta en la esperanza de un milagro que le sacara de apuro, a manera de los españoles, o bien en la suposición de una capitulación honrosa con el general Arenales, en Salta. Sus tropas, sin embargo, encararon el asunto bajo otro aspecto. Consideraron perdida toda esperanza; Medina Celi, segundo comandante, levantóse en armas contra su jefe, tras un pretexto fútil. Combatió Olañeta hasta el último momento, acompañado por algunos fieles amigos, pero herido a eso de las cuatro de la tarde, el 30 de marzo, murió a las cinco de la mañana siguiente. Junto con él murió la última esperanza de los godos en el Alto Perú.